

país del continente, las fuerzas políticas y reaccionarias que personificaban en el Estado-gendarme de estirpe nazi su ideal de gobierno; y la inflación y el desequilibrio entre precios y salarios, característicos de los actuales tiempos, han repercutido agudamente sobre las condiciones de existencia de millones de familias americanas.

Frente a esta situación, la Organización de los Estados Americanos tiene, en mi modesta opinión, dos caminos a tomar: o se arriesga al descrédito, al cruzarse de brazos frente a tan evidente realidad; o bien asume una vigorosa actitud conductora, orientada hacia el cumplimiento por todas las Naciones en él representadas de los solemnes compromisos multilaterales, adquiridos en Bogotá y en las otras Conferencias Interamericanas. Y por mantener fe inquebrantable en los principios y confianza en los más nobles ideales humanos, creo sinceramente que esta segunda vía será la traginada por la entidad regional que agrupa a los pueblos del Continente.

En el aspecto económico, ya ha iniciado el organismo competente de esta Organización una tarea que debe cristalizar en resultado de honda trascendencia. Aludo a los preparativos de la próxima Conferencia Económica Interamericana, convocada en Bogotá y que habrá de tener su sede en Buenos Aires. Esa Conferencia, si se realiza bajo el signo de la sinceridad y del espíritu de mutua cooperación, tendrá repercusiones extraordinarias. Allí podrán los pueblos de América Latina discutir con los representantes de Estados Unidos de América, con cifras y sin literatura, con realidades y sin discursos retóricos, acerca de la urgencia de que este país, así como ha cooperado a la reconstrucción económica de Europa, lo haga también, y en cumplimiento de un deber suyo que no puede eludir, con la más depauperada porción del hemisferio. En este sentido, esa Conferencia puede y debe tener para ambas Américas la misma histórica significación que para la Alemania occidental y otras dieciséis naciones del viejo continente tuvo la celebrada en París en 1947, y como anticipo del Plan de Recuperación Económica de Europa. Y no será, no podría ser esa asamblea un palenque donde vayan a escenificar gestos mendicantes los delegados de los países menos desarrollados económicamente del continente. Tenemos suficiente sentido de decoro y hemos arribado ya a la mayoría. Allí habrá de irse, fundamentalmente, a precisar con los delegados de Estados Unidos de América, máximo vendedor y máximo comprador del continente, qué estamos en condiciones de ofrecer y de comprar, y a cuáles precios; y cuál es la cooperación económica y técnica que, por razones de elemental justicia y de mutua conveniencia, reclamamos de la formidable maquinaria financiera e industrial estadounidense para acelerar y diversificar nuestra propia producción.

Dentro de este mismo orden de ideas, habría que señalar la reciente conferencia económica gran-colombiana, cuyas conclusiones están cristalizadas en la Carta de Quito, como anticipo auspicioso de la necesaria labor de articulización de las dispersas economías americanas. Esfuerzos como el realizado en la capital ecuatoriana, lejos de quebrantar la unidad hemisférica, la refuerzan y consolidan.

Y si de lo económico incidimos en lo político, habrá que insistir siempre en la necesidad de que el desplante dictatorial merezca el repudio colectivo de las Naciones de-

mocráticas, con métodos que no impliquen riesgo para la paz de América. Actitud tanto más necesaria cuando ya estamos viendo cómo la vocación por los gobiernos de mano dura de ciertas y conocidas fuerzas políticas del continente se ha vitalizado, al amparo de la tensa pugna diplomática entre las Naciones occidentales y la Rusia Soviética. El repudio a las prácticas del comunismo internacional, que en todos cuantos profesemos en América apasionada fe democrática es parte integrante de nuestra ideología, está siendo convertido en mascarón de proa de empresas regresionistas. Y así vemos cómo dictadores del Caribe y del Istmo Centroamericano, y fuerzas políticas que en otras zonas del hemisferio simpatizan con sus prácticas, están acusando con inaudito desenfado como profesantes del credo soviético a quienes pugnen sinceramente porque la democracia sea realidad viva y no vagorosa enteleguía; y la justicia social hecho concreto y no inalcanzable mito.

Habrà que insistirles, a ellos, quienes en la política exterior de Estados Unidos dicen cimentar su propia conducta, que observen cómo este país ha sabido conciliar el respeto al ejercicio de las libertades ciudadanas con la voz de alto al expansionismo soviético hacia la Europa Occidental. Habrà que recordarles cómo aquí actúan y funcionan libremente todos los partidos de todas las ideologías; y cómo ante el problema de las libertades sindicales, cuestión esencial en una democracia moderna, han revelado coincidencia los dos grandes partidos históricos, en las

palabras afirmativas escritas por el Presidente Truman y por el Gobernador Dewey con ocasión del "Día de Trabajo". El señor Presidente de los Estados Unidos, en respuesta a la Federación Americana de Trabajo que ayer mismo publicó toda la prensa, se manifiesta orgulloso de que en la actualidad haya en los Estados Unidos más de quince y medio millones de obreros afiliados a uniones sindicales, cuando en 1933 sólo militaban en tales organizaciones dos millones ochocientos cincuenta mil trabajadores. Y el señor Gobernador del Estado de Nueva York, luego de afirmar su convicción "de que el movimiento obrero americano constituye uno de los baluartes del sistema de libertades de esta Nación", recuerda que el primer acto de la dictadura hitleriana fué la destrucción de las uniones obreras alemanas.

Señores:

Podría resumir las ideas expuestas, con llana y directa franqueza, diciendo que en la incierta hora de América le corresponde a esta Organización una grande e histórica tarea. La de contribuir a que las relaciones económicas interamericanas se sitúen sobre bases más equitativas y mejor coordinadas; y la de negarle estímulo y aliento a las corrientes políticas contrarias a la democracia. Porque vigente está, con permanente actualidad, la admirable síntesis de la Declaración formulada en México en 1942 por los representantes de los Estados del Continente: "América no puede vivir sin justicia y sin libertad."

Notas a Toynbee

(En *Todo*, México, D. F. Julio 22 de 1948)

Permítanseme algunas notas a Toynbee, el filósofo de la historia.

1ª—No deja de halagarme el haber encontrado en su *Study of History*, (1,206 n.) la sugestión, por mí adelantada en *El Suicida* (1917) sobre si la inteligencia tendrá, a veces, por fin el fabricar instinto, como un ahorro de esfuerzo por parte de la naturaleza. R. W. G. Hingston, al menos, tratando de los insectos en sus *Problems of Instinct and Intelligence* (Londres, 1928), dice que el instinto comenzó como acto razonado y luego se volvió automático.

2ª—Brousseau explica que su entendimiento con un hombre de generación anterior, como lo era Anatole France, se debe a que él, Brousseau, venía de la provincia, y como la provincia conlleva un coeficiente de retardo, algo había de común en la preparación cultural del viejo y del joven. Y ahora Toynbee, al contarnos el origen de su vocación histórica, nos explica así el retardo que él traía con respecto a su propia madre, que correspondía por decirlo así a una etapa posterior: "Mi madre, por lo mismo que pertenecía a la primera promoción de mujeres universitarias de Inglaterra, se había educado en los cánones de la moderna historia occidental, llevando por guía la historia nacional de Inglaterra. Pero su hijo, como muchacho, cayó en una escuela pública inglesa de viejo estilo, y tanto allí como más tarde en Oxford, se educó casi enteramente en el trato de los clásicos griegos y latinos". ¡*Felix culpa!* Esto dió al futuro meditador de la historia varias ventajas innegables:

a) La historia greco-romana nos aparece

en su perspectiva despojada y como un conjunto acabado, en contraste con nuestra historia de Occidente en pleno advenir, donde nos falta el necesario *recol* que dicen los franceses, y los árboles no nos permiten ver el bosque.

b) La historia clásica ha sido limpiada de toda información superabundante y ociosa, gracias a la misma catástrofe que abre una zanja o interregno entre la sociedad greco-romana y la moderna. La historia clásica, además, carece del fárrago burocrático y expedienteo característicos de la moderna era preatómica, y ofrece en sus fuentes singular asepsia. Leyes y tratados cuentan allá tanto como los versos, las estatuas y los monumentos, singular integración cultural difícil de organizar en el laberinto moderno.

c) El mundo greco-romano es un campo histórico cabal, una ecumene inteligible, y no un semillero de "parroquias" —concluye Toynbee con desdén para todo lo que huele a nación. Y de aquí su teoría de las civilizaciones como últimas e irreductibles unidades históricas.

3ª—Tercera observación, que es también una coincidencia curiosa: En el *Pasado inmediato*, al dibujar la era porfiriana que precede a nuestra revolución de 1910, yo advertía cómo la gente de aquel tiempo se consideraba ya fuera del tiempo, fuera de la historia; cómo la historia le parecía prehistoria, convulsiva etapa anterior, comparable a la geología juvenil de la tierra antes de la formación de los continentes; cómo México, llegado a estado de madurez, le ofrecía la promesa de una estabilidad, de un remate, de un saldo último y feliz para las vicisitudes his-